



21/2021

26 de mayo de 2021

José Luis Pontijas Calderón

**Un nuevo enfoque sobre la
contención occidental frente a
Rusia**

Un nuevo enfoque sobre la contención occidental frente a Rusia

Resumen:

El conjunto de medidas e iniciativas puestas en marcha por la OTAN, a las que complementan las diseñadas por la Unión Europea, frente a política exterior rusa en Europa, está siendo calificado por muchos analistas y académicos occidentales como nueva política de contención, o «neocontención». Dicha denominación nos remite al análisis y recomendaciones que George F. Kennan realizó al comienzo de la Guerra Fría, sobre la amenaza soviética y la política exterior que se debía practicar para oponerse a ella. El presente documento se pregunta si el análisis que se hizo entonces tiene aplicaciones en la situación actual y cuáles son las lecciones que se pudieran obtener.

Palabras clave:

OTAN, Rusia, Unión Europea, disuasión, George F. Kennan, Guerra Fría, neocontención.

***NOTA:** Las ideas contenidas en los *Documentos de Análisis* son responsabilidad de sus autores, sin que reflejen necesariamente el pensamiento del IEEE o del Ministerio de Defensa.

The new approach to Western containment versus Russia

Abstract:

The package of measures and initiatives launched by NATO, complemented by those designed by the European Union, in the face of Russian foreign policy in Europe, is being described by many Western analysts and academics as a new policy of containment, or 'neocontention'. This name refers us to George F. Kennan's analysis and recommendations at the beginning of the Cold War on the Soviet threat and foreign policy that had to be played to oppose it. This document asks whether the analysis that was done then has applications in the current situation, and what lessons could be obtained from it.

Keywords:

NATO, Russia, European Union, deterrence, George F. Kennan, Cold War, neocontention.

Introducción

Suele resultar característico de cada generación pensar que los desafíos a los que se enfrenta son muy diferentes a los que le precedieron. Sin embargo, ante lo que la OTAN y la Unión Europea (UE) consideran como la nueva amenaza que hoy en día representa Rusia para el bloque occidental, hay quien preconiza una vuelta a la estrategia de contención que en su día se puso en práctica frente a la expansión del dominio de la Unión Soviética y del bloque comunista. Podríamos preguntarnos si la situación es la misma hoy en día y, por lo tanto, si la misma receta produciría también resultados satisfactorios. Para poder responder, conviene analizar la citada estrategia en su contexto, para extraer las lecciones aprendidas y ver cuáles serían aplicables a la situación actual.

La estrategia de contención

Al comienzo de la Guerra Fría, Estados Unidos (EE. UU.) decidió diseñar una estrategia basada en las ideas contenidas en el denominado *long telegram*¹, un mensaje del diplomático George F. Kennan destinado entonces en la delegación estadounidense en Moscú, así como en un artículo posterior publicado en la revista *Foreign Affairs* y que firmaba como «Mr. X»², en los que exponía lo que debía ser la política exterior de Washington frente a lo que él consideraba el peligro del expansionismo soviético. Kennan pensaba que la Unión Soviética no se lanzaría a una conquista aventurada (como lo había hecho la Alemania nazi), sino que respondería más a una lógica de fuerza, avanzando donde le fuera posible, pero retrocediendo allá donde encontrara una firme resistencia.

Dicho razonamiento dio lugar al establecimiento de la denominada «estrategia de contención», que, liderada por EE. UU., fue apoyada y practicada por todo el bloque occidental y sus aliados en Asia, Iberoamérica y África. La citada estrategia no requería, en principio, de grandes fuerzas militares, ya que, para Kennan, era más importante usar los instrumentos de las esferas diplomática, económica, social e, incluso, psicológica. De

¹ *Telegram, George Kennan to George Marshall («Long Telegram»)*. Disponible en: http://www.trumanlibrary.com/whistlestop/study_collections/coldwar/documents/pdf/6-6.pdf (Consultado el 25 de junio de 2020).

² Kennan, George F. «The Source of Soviet Conduct», *Foreign Affairs* (25) 1947. Disponible en <http://www.foreignaffaires.com/articles/russian-federation/1947-07-01/sources-soviet-conduct> (Consultado el 25 de junio de 2020).

hecho, en sus escritos advertía de la habilidad soviética (comunista) para minar la confianza de la opinión pública, exacerbando las divisiones políticas entre los Estados y dentro de ellos, mediante la propaganda y la subversión. Para contrarrestarlas, era importante mejorar las condiciones socioeconómicas, proyectando una imagen de confianza ciudadana en el sistema político de cada nación.

Así, el Plan Marshall (1948) tenía como objetivo la recuperación económica de Europa occidental, lo que contribuiría a neutralizar la propaganda y facilitar la lucha contra la subversión (al disponer de mayores recursos), aumentando la resiliencia de las sociedades occidentales, haciéndolas menos permeables a la agitación proveniente del bloque comunista.

Pero, en poco tiempo, la estrategia de la contención se vio obligada a elevar de manera drástica su perfil militar. El bloqueo de Berlín y el posterior establecimiento del Telón de Acero, el desarrollo de armamento nuclear por parte de los soviéticos, la caída de China en el bloque comunista, la guerra de Corea, etc., forjaron la idea de que la contención, si no estaba respaldada por una superioridad militar asertiva y cuantificable, no resultaría creíble por sí misma. Inmediatamente, se produjo una carrera armamentística, con especial énfasis en las armas nucleares y sus vectores de proyección, lo que requirió abultados presupuestos de defensa, junto a estrategias y doctrinas de empleo agresivas.

A partir de ese momento, todo el esfuerzo occidental, capitaneado por EE. UU., estuvo dirigido a contener el expansionismo soviético y/o comunista, relegando a un segundo plano las otras herramientas que Kennan estimaba que se debían poner en práctica simultáneamente y que, según él, debían llevar la voz cantante.

El estado actual de la amenaza

Son muchos los analistas occidentales que ven similitudes entre la amenaza que la Unión Soviética supuso en su momento y la que representaría la Rusia de hoy en día:

- Los líderes de uno y otro lado se califican unos a otros como adversarios, adoptando la narrativa de «la amenaza» que el contrario supone para sus respectivos ámbitos de seguridad y defensa.
- Entonces, como ahora, se muestra una clara hostilidad hacia el bloque occidental alimentada por la tradicional preocupación rusa de mantener aéreas tapón entre

sus fronteras y las de la OTAN, lo que a su vez realimenta su autoaislamiento político.

- La amenaza rusa es también de índole política, ya que buscaría debilitar la coherencia y cohesión de la OTAN y de la UE, contribuyendo a fracturar el área euroatlántica, ya sea mediante la creación de líneas de división o ahondando y ensanchando las que se vayan produciendo. Evidentemente, ya no estaría impulsada por la idea mesiánica de extender el comunismo, sino por el pragmatismo geoestratégico, bastante más efectivo a la hora de aprovechar las debilidades del adversario, contribuyendo a minar la confianza de las sociedades occidentales en sus sistemas políticos y practicando la disrupción en sus procesos. De esta manera, si bien no buscaría ya fomentar revoluciones a lo largo y ancho del globo, sí pretendería el debilitamiento de las sociedades occidentales, para disminuir su resiliencia.
- No parece que Moscú represente una amenaza existencial de invasión militar en Europa Central y Balcanes, pero considera esencial para su seguridad nacional mantener una esfera de influencia en el área. Sin embargo, la amenaza contra los Estados bálticos sí parece más probable, como ya ha demostrado en Georgia, en 2008, y en Ucrania, en 2014 (aunque dichas incursiones muy posiblemente pudieran haber sido provocadas para evitar su ingreso en la Alianza Atlántica, imposible mientras sostengan conflictos en su interior, tal y como exige el Tratado de Washington).
- Los resultados de la intervención rusa en Siria han demostrado su capacidad de empleo de la herramienta militar. Las constantes provocaciones en el espacio aéreo occidental y sus mares, junto a diversos ataques cibernéticos, refuerzan dicha visión.
- Además, su demostrada capacidad de prevalecer integrando el amplio espectro de actividades que engloban la denominada «amenaza híbrida» (militares, diplomáticas, económicas, cibernéticas, operaciones de información, etc.), todas ellas por debajo del umbral del conflicto abierto, la convierten en un adversario de consideración.
- Durante la Guerra Fría, los partidos políticos afines eran los peones que Moscú empleaba para penetrar en las sociedades occidentales. En la actualidad, también existe un espectro político susceptible de penetración por parte de sus

operaciones de información³, aunque más amplio y diverso, yendo desde partidos políticos de extrema derecha hasta movimientos antisistema en la extrema izquierda. Sus audiencias prestan oídos a teorías de conspiración, noticias falsas y el cuestionamiento de hechos reales, contribuyendo a la polarización política occidental y a minar la confianza en sus instituciones y sistemas. Estas medidas se conjugan y potencian de manera inteligente con las oportunidades e impunidad que brinda el ciberespacio, con la ventaja que otorga la dificultad de atribución.

- Pero la más preocupante de las similitudes resulta en la reaparición de conflictos por delegación (*proxy conflicts*), en los que terceros actores se enfrentan entre sí, apoyados por uno u otro lado. A nadie se le escapa que el peligro que ello conlleva es, además de la progresiva desestabilización de zonas regionales que pueden arrastrar a más actores dentro del Maelstron, la posibilidad de una escalada militar descontrolada, que acabe desembocando en un conflicto entre grandes potencias.

Es evidente que las citadas similitudes palidecen cuando ponemos, negro sobre blanco, la enorme disparidad de recursos entre el bloque occidental y Rusia, en términos económicos, diplomáticos, demográficos, militares y tecnológicos (por citar los más relevantes). Además, Rusia ya no es la potencia predominante en Asia, puesto del que ha sido desplazada por China. Pero, aun así, Rusia sigue siendo capaz de contrarrestar e incluso superar a los occidentales en las aéreas geográficas de su periferia, es una de las dos superpotencias nucleares del mundo, tiene poder de veto en el Consejo de Seguridad de la ONU, sus capacidades tecnológicas le permiten disponer de recursos ingentes en el ciberespacio (lo que le proporciona un alcance global) y la sitúan entre los actores más destacados en el espacio exterior.

Pero incluso si aceptamos la retórica de que hemos regresado en cierta manera a una situación que nos remite a la Guerra Fría, los contextos doméstico y global son muy diferentes a los de dicho periodo. A pesar de las narrativas divergentes y enfrentadas, con imposición de sanciones y contrasanciones, es innegable la enorme interconexión entre Occidente y Rusia, y de ambos con China, a nivel comercial, económico, energético, cultural, etc. De hecho, las retóricas enfrentadas en los debates ideológicos sobre derechos humanos, democracia, derecho internacional, ciberseguridad, etc., están

³ Operaciones semejantes a las que la OTAN contempla en su Estrategia de Comunicación, y distintas del concepto de las operaciones que INFOOPS coordina en el nivel militar.

muy lejos del abismo ideológico que separaba los bloques de la Guerra Fría. También se está cooperando en muchos campos (terrorismo, tecnología espacial, delincuencia organizada, tráfico de armas, proliferación nuclear, etc.) a nivel global y regional. Y esta cooperación se sigue produciendo a pesar del clima de deterioro progresivo que se da en las relaciones políticas, porque la economía global y la mundialización obligan a Occidente y a Rusia a estar mucho más conectados y, por lo tanto, a ser interdependientes. Un ejemplo claro de esto es la compra y utilización de la vacuna rusa por parte de miembros de la Unión Europea, a pesar de la reticencia inicial de Bruselas para reconocer sus méritos⁴; o la dependencia energética de los países del centro y este de Europa.

Por otro lado, entre los aliados y socios occidentales podemos apreciar diversidad de opiniones con respecto a la política a seguir con Rusia. Están aquellos que la consideran una amenaza existencial (fundamentalmente los que poseen frontera común con la gran potencia y no pertenecen a su esfera), entre los que destacan los países bálticos y Polonia, apoyados firmemente por EE. UU. y Reino Unido. Pero también hay voces discrepantes, como las de Francia y Alemania (con claros intereses económicos de esta última), que propugnan un mayor diálogo y cooperación con Moscú, que propicie la distensión, rechazando la retórica de una nueva Guerra Fría. Pero incluso aquellos aliados que no perciben una amenaza directa reconocen que se debe practicar una cierta contención, por la importancia de tranquilizar y asegurar la solidaridad atlántica a los vecinos más próximos al gigante ruso.

Una nueva forma de contención: la neocontención

Así pues, desde el punto de vista puramente militar, Rusia representa una cierta amenaza regional en Europa, que por lo tanto requiere un nivel adecuado de disuasión del mismo carácter. Así lo ha sabido reconocer la OTAN, que desde 2014 (inmediatamente después del desencadenamiento del conflicto híbrido en el Dombas y la anexión de Crimea) ha puesto en marcha una panoplia de iniciativas militares de

⁴ HOSA, Joanna. «Sputnik in Europe: What Russia's vaccine could mean for European health sovereignty», *ECFR*, 29 de marzo de 2021. Disponible en: https://ecfr.eu/article/sputnik-in-europe-what-russias-vaccine-could-mean-for-european-health-sovereignty/?utm_source=newsletter&utm_medium=email&utm_campaign=ecfr_general_newsletter, (Consultado el 15 de mayo de 2021).

respuesta inmediata y de medidas de reorganización interna. El objetivo de todo ello es elevar el coste que le supondría a Rusia cualquier aventura militar en los países bálticos y Polonia (o en cualquier otro lugar de la Alianza), asegurando también la solidaridad de la organización atlántica a dichos aliados en caso de agresión.

No es nuestro objetivo analizar las citadas iniciativas y medidas llevadas a cabo por la Alianza, y de la que existen numerosos estudios. Todas ellas van orientadas por la idea que, desde 2014, las ha ido impulsando en el seno de la OTAN a medida que las acciones que se imputan al otro lado (ciberataques, incursiones aéreas y marítimas, financiación de partidos y líderes políticos, propagación de noticias falsas, disrupción de procesos electorales, maniobras militares masivas en áreas geográficas próximas...) se han ido produciendo e incrementando: la necesidad de mostrar firmeza ante lo que se considera una reactivación de la amenaza proveniente del este. El paquete de medidas e iniciativas enfocadas a mostrar la citada firmeza se viene denominando por números analistas occidentales como la nueva política de contención, o directamente «neocontención».

Pero donde también se está jugando una parte muy importante de la partida (quizá la más importante) es en la resiliencia de las sociedades occidentales y en su capacidad para actuar de manera cohesionada interna y externamente, es decir, precisamente donde las herramientas que Kennan consideraba esenciales, debían jugar su papel. Porque gran parte de la resiliencia occidental frente a la disrupción externa depende de la habilidad para combatir en la guerra de la información, desmontando las noticias falsas, las teorías conspirativas y los mitos creados para minar la confianza y la cohesión de las sociedades. Es aquí donde se precisa una mayor cooperación con el otro gran actor geopolítico europeo, la Unión Europea, ya que entre ambos se puede crear una sinergia mucho mayor de la que hasta ahora se ha venido produciendo⁵. Aunque tampoco es objeto de nuestro análisis, es evidente que la UE está aportando un conjunto de herramientas en el ámbito no militar (diplomáticas, económicas, regulatorias, legislativas, policiales, etc.) de las que no dispone la OTAN. La cooperación entre ambas

⁵ PONTIJAS CALDERÓN, José Luis. *El concepto de resiliencia en la OTAN y en la UE: espacio para la cooperación*. Documento de Análisis 65/2017. Disponible en: http://www.ieeee.es/Galerias/fichero/docs_analisis/2017/DIEEEA65-2017_Resiliencia_OTAN_UE_JLPC.pdf (Consultado el 25 de junio de 2020).

organizaciones occidentales conseguiría aunar a la mayoría de los países europeos que no pertenecen a la esfera de control rusa, junto a EE. UU. y Canadá.

Los componentes imprescindibles: entender al adversario y paciencia estratégica

Aun sumando a la disuasión militar puesta en práctica por la OTAN y las enormes capacidades generadas por la UE, nos faltarían dos elementos fundamentales para que la neocontención estuviera adecuadamente diseñada: entender la situación interna rusa y practicar la «paciencia estratégica». De nuevo tenemos que remitirnos a una lectura cuidadosa de lo que Kennan aconsejaba hace más de setenta años, cuando afirmaba que Occidente debía llevar el control de la agenda, concienciados de que el desafío debía ser resuelto evitando un conflicto militar generalizado. El diplomático estadounidense estaba convencido de que la disuasión sería la política más efectiva para prevenir un gran conflicto. Pero, para evitar esto último, era fundamental no responder innecesariamente o de manera desproporcionada a cada envite soviético, por muy intolerable que pudiera parecer. El objetivo era evitar que una sobrereacción aliada pudiera empujar al Kremlin a una situación tal que le forzara a una escalada, por temor a crear una situación interna que así lo impusiera. Este es un punto importante y de difícil calibración, es decir, saber discernir gestos políticos histriónicos o iniciativas que intentan mostrar una pretendida fortaleza militar, económica o diplomática, de una verdadera amenaza. Una política occidental de ojo por ojo, como respuesta a cualquier medida tomada por Moscú, podría correr el riesgo de situar a Rusia o a su líder, entre la espada y la pared, obligándole a mantener el pulso subiendo la apuesta, aunque el sentido común aconseje lo contrario. Porque, si bien el Kremlin estaría dispuesto a aplicar cierta flexibilidad desistiendo allá donde encuentre resistencia firme, de ningún modo lo haría si ello afectase a su prestigio interno, lo que podría forzarle a una escalada.

Este último punto es de gran importancia, porque la situación hoy en día es muy similar, pero mucho más crítica que entonces. A medida que Rusia se convierte cada vez más en un proyecto personal de un solo líder rodeado de una estrecha camarilla, que a su vez se apoya en una pirámide de cooptación socio-económico-política, el prestigio del líder y de las consecuencias de las decisiones que este tome, se vuelven más crítico.

Esto es especialmente delicado, debido a la dificultad de controlar la opinión pública, por el amplio alcance de las redes sociales, a pesar de la férrea supervisión que se puede intentar ejercer sobre el ciberespacio en el que estas se desenvuelven.

Resulta, por lo tanto, de la mayor importancia que el bloque occidental se mantenga en una posición serena y sobria ante lo que pudiera percibirse como provocaciones y amenazas rusas. Así, las reacciones ante dichas provocaciones se deben expresar de tal manera que dejen siempre espacio para una retirada que no dañe de manera sustancial su prestigio interno, ya sea ante la opinión pública rusa o la confianza de aquellos en los que se apoya su estructura de poder. Siguiendo los consejos de Kennan, Occidente debe volver aplicar la paciencia estratégica, a la espera de que las propias contradicciones internas y/o externas obliguen al adversario a tomar el camino de la distensión.

Porque dichas contradicciones siguen existiendo: su sociedad está fragmentada; los problemas estructurales siguen lastrando su economía, que sigue fuertemente sujeta a los vaivenes de los precios del petróleo y el gas; cualquier revés militar de trascendencia podría traducirse en una caída drástica del prestigio del líder... No podemos olvidar que gran parte de la popularidad que apuntaló al presidente Putin fue precisamente adquirida enfrentándose a Occidente en Ucrania y Siria⁶.

En este sentido, estamos viendo que las iniciativas militares puestas en funcionamiento por la OTAN y las sanciones económicas levantadas por la UE buscan precisamente mostrar firmeza y contención, evitando provocaciones innecesarias que pudieran reforzar un relato victimista de pretendida amenaza, que justifique una escalada. Es esencial continuar por este camino, manteniendo un adecuado equilibrio entre la necesidad de mostrar un frente común cohesionado y firme que haga creíble la disuasión, mientras se mantienen abiertos los canales de comunicación, para ser capaces de establecer acuerdos selectivos de cooperación en aquellos asuntos que se consideren de beneficio mutuo y solucionar las disputas y los encontronazos que con seguridad se seguirán produciendo. Todo ello con el objetivo último de posibilitar la distensión e incluso la reconciliación, cuando las circunstancias así lo permitan.

⁶ TREISMAN, Daniel. «What you need to know about Putin's popularity», *The Washington Post*. Disponible en: <https://www.washingtonpost.com/news/monkey-cage/wp/2014/02/07/what-to-know-about-putins-popularity/> (Consultado el 25 de junio de 2020).

Mantener dicho equilibrio no será una tarea fácil. Siempre habrá, como los hay hoy en día, halcones políticos y militares, e intereses de lobbies económicos en ambos lados que presionarán para la puesta en práctica de políticas más agresivas, aduciendo que lo contrario será entendido por el adversario como un signo de debilidad y aquiescencia ante los hechos consumados. Es importante para los occidentales tener en cuenta que, dada la disparidad de recursos entre Rusia y Occidente, antes mencionada, las respuestas o provocaciones rusas, por amenazadoras que pudieran parecer en principio, no son sino una muestra de su debilidad, intentando mostrar firmeza ante los que reconocen como más poderosos.

Por otro lado, asumir que el régimen actual ruso colapsará fácilmente por la presión interna y los deseos de alcanzar una democracia de estilo occidental, es una posibilidad que debería ser descartada como premisa de cálculo estratégico. En primer lugar, Occidente debe reprimir cualquier tentación de interferir en los asuntos internos rusos, porque la reacción que podría provocar sería precisamente la contraria, al alimentar el relato de la amenaza occidental, reforzando así la pirámide de poder. Además, la historia rusa, de la que con razón se sienten orgullosos, demuestra que es una nación que ha sobrevivido durante siglos a crisis, guerras, revoluciones, hambrunas, purgas genocidas e invasiones, renaciendo de sus cenizas con sorprendente rapidez. Debemos recordar que, para muchos rusos, democracia va unida a inestabilidad, penuria económica y humillación nacional, por lo que no es fácil que el advenimiento de la democracia llegue por presiones sociales a la búsqueda de mejoras económico-sociales. El pueblo ruso ha demostrado a lo largo de su historia una resiliencia de difícil comparación y, desde luego, muy superior a las sociedades occidentales actuales, por lo que no colapsará fácilmente a pesar de las graves penurias que se vea obligado a arrostrar.

Sin embargo, la Federación Rusa actual sigue sufriendo algunas de las vulnerabilidades de su predecesora soviética, quien se vio obligada a negociar y, en última instancia, colapsó cuando no pudo permitirse financiar la costosísima carrera armamentística con EE. UU., en particular, y Occidente, en general. La Rusia actual es vulnerable a las fluctuaciones de los precios del petróleo y el gas fundamentalmente, y necesita la inversión occidental (incluyendo el levantamiento de las sanciones económicas que pesan sobre ella) y el acceso a sus mercados, para impulsar y sostener su economía.

Por lo tanto, la fórmula para Occidente podría ser paciencia estratégica, junto a firmeza, contención y sobriedad, evitando interferir en los asuntos internos rusos. El éxito del

bloque occidental residiría así en mantener su cohesión interna frente a la política de «divide y vencerás», evitando las iniciativas aisladas que pudieran buscar ganancias parciales, pero también en que dicho enfoque sea consistente a largo plazo y abarque muchos sectores de la vida política y social occidentales, que ofrezca una alternativa atractiva e incuestionable en lo social, en lo económico y en lo político. Así, la neocontención, citando al propio Kennan, se llevaría a cabo más a través de la reafirmación de los valores de libertad y prosperidad que caracterizan a las potencias occidentales, que en diseñar respuestas directas a las iniciativas rusas, mientras sus propias debilidades actúan en su contra.

Conclusiones

Ante la situación de tensión que se lleva produciendo entre el bloque occidental y Rusia a partir de 2008, y especialmente desde 2014, con la crisis de Ucrania y la anexión de Crimea, tanto la OTAN como la UE han puesto en marcha una serie de medidas políticas, diplomáticas, económicas y militares cuyo objetivo es mostrar un frente firme y cohesionado que disuada de cualquier posible amenaza potencial. Parece que la evaluación que realizó el diplomático estadounidense George F. Kennan al comienzo de la Guerra Fría sobre la política exterior soviética, junto con las recomendaciones para diseñar una política exterior occidental que la contuviera, resultan valiosas aún hoy en día para los políticos occidentales frente al desafío actual ruso.

Porque, si bien Rusia es con diferencia mucho más débil, en términos económicos y demográficos, que el bloque occidental, eso no significa que no sea capaz de actuar con efectividad en su entorno geográfico y en el ciberespacio, ámbito este último que le proporciona además alcance global y capacidades casi ilimitadas, para poder llevar a cabo una política de hechos consumados, respaldada por su enorme poderío nuclear y su bien engrasada herramienta militar.

La respuesta occidental, enmarcada en lo que se viene denominando «neocontención», siguiendo los principios enunciados por Kennan, debería estar regida por los principios de autocontención, sobriedad y proporcionalidad. Su objetivo último sería alcanzar la normalización de relaciones, lo que precisa la difícil tarea de romper los muros que abran el camino hacia la distensión. Para ello se estima importante mantener una postura firme y cohesionada, evitando reaccionar ante cualquier provocación que no represente una

amenaza cierta, que pudiera situar a quienes toman las decisiones en el Kremlin en un callejón sin salida, que les fuerce a una escalada peligrosa para todos y de final incierto.

Si bien la OTAN y la UE ya cooperan en la búsqueda de una sinergia que resulta imprescindible por su complementariedad, esta precisa que se agilicen más plataformas que la conviertan en un tándem mucho más efectivo que refuerce sólidamente la nueva política de contención, la neocontención, que Occidente ha decidido aplicar con Rusia.

Una neocontención que practique la paciencia estratégica, es decir, aplicada a largo plazo, manteniendo abiertos canales suficientes de comunicación y cooperación en asuntos de mutuo interés. Dicha neocontención debería estar basada en dos pilares fundamentales: la defensa del modelo político occidental y sus enormes ventajas en lo económico, social, cultural, individual, etc., mientras se neutralizan los mensajes que tratan de explotar las fallas del sistema creando división entre los componentes del marco atlántico de seguridad; por otro lado, demostrar cohesión y firmeza ante cualquier amenaza militar, pero también autocontención, evitando caer en una competición ojo por ojo, que pudiera desembocar en una espiral descontrolada. Todo ello, a la espera del momento en el que las contradicciones y debilidades internas rusas la sitúen en una posición tal, que se vea obligada a buscar el diálogo y la distensión.

José Luis Pontijas Calderón

Coronel de Artillería, DEM

Analista de Seguridad Euroatlántica en el IEEE

Doctor en Economía Aplicada (Universidad Alcalá de Henares)